

en otros más bien revela que lo que le importa, como cosa fundamental, es la historia de los soberanos y de las dinastías, es decir, la historia política (1). Pero si Abenjaldún no llegó á ver aquel concepto á la manera y con el sentido que hoy tiene para nuestros historiadores, es indudable que se dió cuenta de él, y que sólo el peso enorme de la tradición en punto al contenido de la historia humana, pudo arrastrarle é impedir que sacara de su atisbo todas las consecuencias que muy fácilmente pudo haber sacado.

Réstanos examinar en este punto el grado de originalidad que dentro de su misma limitación tuvo Abenjaldún. Ya hemos dicho antes que la apreciación completa de esto es, hoy por hoy, imposible. Por lo menos, nosotros no estamos en condiciones de hacerla. Pero es ya bastante que el propio autor confiese algunos de sus precursores.

Al afirmar que el historiador «debe, ante todo, darnos nociones generales sobre cada país, sobre cada pueblo y sobre cada siglo, si quiere apoyar en base sólida las materias de que trata y hacer inteligibles los datos que suministra», añade que «ya se había adoptado (antes de ahora) este sistema en la composición de ciertas obras»,

(1) V. por ejemplo la pág. 64, I. Tal es el carácter general de la historiografía musulmana, que resume muy bien Pons, ob. cit. pág. 376, col. 2.<sup>a</sup>

v. gr., una de Masudi, referente á los pueblos y países de Oriente y Occidente de 941 á 945 de J. C. en que el autor «nos da á conocer las creencias (de aquéllos), sus costumbres, la condición de los países que habitaban, sus montañas, mares, reinos, dinastías, ramificaciones de la raza árabe y de las naciones extranjeras». Cosa análoga, aunque más reducida, hizo Abuobaid el Bcri, geógrafo español (1). Abenjaldún, después de elogiar mucho el libro de Masudi («un modelo que sirve de regla á los otros historiadores»), alega respecto de uno y otro ejemplo que ya no son aplicables ni utilizables, por haber cambiado mucho las cosas desde que se escribieron aquellos libros. En otro lugar de los *Prolegómenos* confiesa Abenjaldún la precedencia de otros autores en el estudio de algunas de las materias que constituyen su tratado de crítica histórica; pero en ellos ese estudio es cosa accidental y fragmentaria (2). Así se ve en Aristóteles (un pseudo-escrito de Aristóteles, según advierte Slane); en Abdala, hijo de Almocafa, escritor del siglo VIII; en Abubéquer Mohamed el Tortosí (siglo XI), (3) y en otros que no cita nominalmente.

(1) I, 65-6.

(2) I, 79.

(3) I, 81.



Estas indicaciones hacen más y más deseable que se reconstruya la serie entera, para comprobar el valor que tiene cada uno de esos autores respecto de la manera de entender y aplicar la doctrina. No es raro encontrar en los historiadores clásicos, particularmente en los geógrafos y viajeros, noticias y explicaciones referentes á la religión, cultura, costumbres, grupos de población, condiciones físicas del país, etc., (1) sin que tengan más que un carácter incidental y sin que borren el sentido predominantemente político de la historiografía antigua (2). Lo que en la evolución de ésta importa ir notando, es el progreso de la concepción orgánica en punto á los elementos diferentes que entran en la actividad histórica de los grupos humanos, así como el de la idea de relación entre el medio físico y la humanidad.

Por último, y antes de entrar en otro orden de cuestiones, consignemos la ausencia, en Abenjalidún, de toda preocupación sobre el problema moral en la historia; es decir, sobre las condiciones personales del historiador, su imparcialidad, la conveniencia de decir siempre la verdad de lo ocurrido ú ocultarla: problemas que, como

(1) Lo mismo ocurre en los geógrafos, viajeros y biógrafos árabes. V. Pons, *ob. cit.*, 375, 376, 377, 381-2 y 383. Nótese que Masudi fué gran viajero y El Becri un geógrafo.

(2) V. sobre esto *La enseñanza de la Historia*, cap. II, especialmente pág. 115 y cap. III, pág. 166 nota (1).

ya sabemos, son muy comunes en los escritores clásicos y constituyen el principal motivo de discusión de los del Renacimiento (1).

### III

No vamos á entrar en el análisis de la doctrina sociológica de Abenjalidún, iniciado ya por Gumpłowicz y que merece ser ahondado y reflexionado por todos los que estudian este orden de cuestiones. Los *Prolegómenos* son, en este respecto, una verdadera y muy completa «Teoría de la civilización», en que se investigan los elementos que influyen en la producción y desarrollo de este hecho social, sus grados históricos, sus direcciones principales (instituciones), las leyes de su vida (nacimiento, esplendor, decadencia) y, muy particularmente, la importancia del factor población (2) y de algunas corrientes ideales á

(1) *La enseñanza de la Historia*, págs. 115 y 118. La única vez que se refiere Abenjalidún á la parcialidad, es al enumerar las causas de error en la historia, I, 71-72.

(2) V. II, 287-288. Es de notar que la palabra árabe que podemos traducir por la nuestra de «civilización» equivale también á «lugar habitado, cultura, población de un país, su prosperidad» (nota de Slane, pág. 86). Abenjalidún hace equivalentes civilización y sociabilidad, y en efecto, la radical de la palabra significa *habitar, cultivar*.



que Abenjaldún subordina, en cierto modo, todo el movimiento civilizador (1).

Nos limitaremos aquí á examinar dos de las cuestiones comprendidas en la teoría indicada, por ser de las que hoy se discuten más y más influyen en el concepto de la Historia (2). Es una la del valor del medio físico en su relación con la raza, y otra la del sujeto histórico. Abenjaldún afirma resueltamente que el medio físico (relieve geográfico, latitud, grado de calor, humedad, etc.) condiciona la vida humana; pero entiendo esto de un modo mecánico, simétrico, algo pueril. Así, el efecto principal que señala en los tres climas centrales (divide en siete climas toda la tierra) es que, por estar en el punto medio, quitan toda exageración «á las ciencias, las artes,

(1) Entre las muchas cosas dignas de notarse en la doctrina de Abenjaldún, mencionaremos, por la relación que tienen con ideas modernas, el supuesto de un «pacto social» entre el príncipe y los súbditos (á que alude de pasada: I, 74) y la afirmación, de que la vida intelectual (ciencias) es un fruto casi superfluo de la civilización perfeccionada ó de la que ha producido necesidades ficticias. En cambio, la vida económica es «absolutamente necesaria y exigida por la naturaleza», I, 85, Cf. II, 448.

(2) Por no referirse á éste especialmente, prescindimos también de la doctrina pedagógica de Abenjaldún, sumamente amplia é interesante, tanto en su parte teórica, como en las abundantes noticias que trae sobre organización y métodos escolares de los musulmanes. Merece este asunto un tratado especial. V. tomo II, 440-41, 443-4, 444-5; tomo III, 274-5, 275-6, 277-8, 285-8, 288-9 hasta 294 y el disc. citado del Sr. Ribera.

los edificios, los vestidos, los víveres, los frutos, los animales y todo lo que en ellos se produce. Igual *justo medio* se encuentra en el cuerpo de los hombres que habitan esas regiones, en los colores de su cara, en sus disposiciones naturales y en todo lo que les concierne... En toda su conducta, evitan *los extremos* (1). En cambio, los habitantes de los otros climas que se apartan de los centrales, abandonan esa medida, al igual de la naturaleza, y su estado es el de la barbarie.

Se ve bien que Abenjaldún concibe esta relación entre el clima y el hombre de una manera estática, sin que se le ocurra que los pobladores de la zona templada hayan podido pasar antes por ese mismo estado (2) que advierte en los demás y que no significa sino un grado en el desarrollo de la civilización. Es tanto más de chocar esta limitación de concepto, cuanto que Abenjaldún aprecia con gran claridad, y lo estudia minuciosamente, el tránsito de la vida nómada á la

(1) I, 168. Cf. 171 y 173.

(2) Téngase en cuenta que los tres climas centrales comprenden las tierras históricas de la antigüedad y la Edad Media, desde el Atlas hasta el centro de Europa, siguiendo las mismas líneas de latitud, aproximadamente, en el Asia. Abenjaldún resume este aspecto histórico de los tres climas centrales diciendo que «los pueblos que los han habitado y cuya historia nos es conocida, son los árabes, romanos, persas, israelitas, griegos, pueblos del Sind y el de la China». I, 173. En la descripción minuciosa de los climas, cita también á los españoles, francos, alemanes, etc.



sedentaria (ciudadana), que imprimen carácter á las sociedades (1).

Al indicar la influencia del calor y el frío sobre el desarrollo del pigmento (color de la piel), Abenjaldún afirma la preponderancia del clima sobre la raza. Las diferencias de color, dice, no proceden de las diferencias de tronco; es el clima quien produce este efecto, y según se pasa de una á otra zona, así se advierte en unos mismos individuos (2). Por esto rechaza la tradición de las tres razas jafética, semítica y camítica en lo que se refiere á la distinción de cualidades antropológicas. «Esta opinión—dice—es conforme á la verdad en lo que toca al origen de las razas, pero no puede admitirse sin restricción: es el simple enunciado de un hecho, pero no prueba que los pueblos del Mediodía hayan recibido el nombre de Negros ó de Abisinios porque desciendan de Cam el negro... Es, pues, un error decir, de una manera general, que el pueblo de tal sitio, sea al Norte ó al Sur, desciende de tal ó cual personaje porque en él se noten los rasgos, color, *modalidad de espíritu* ó signos particulares que se hallan en el individuo citado. Cáese en errores de este género por no prestar atención á la naturaleza de los seres y de las comar-

(1) V. por ejemplo, II, 422, 446-47.

(2) I, 172.

cas; pues todos esos caracteres cambian en la serie de las generaciones y no pueden ser nunca invariables». La variabilidad, aquí, parece responder á la idea de los cambios de situación geográfica de los pueblos, que les someten á influencias climatológicas diversas; de otro modo, supondría una atenuación considerable á la teoría de la superioridad del clima sobre el hombre.

Abenjaldún cree que el clima, ó alguno de sus elementos (el aire, más ó menos dilatado), influye en la parte moral del hombre, particularmente en la ligereza ó reposo del espíritu, en la alegría más ó menos viva, en la tristeza y en las costumbres que del humor alegre ó triste pueden provenir. Igualmente influye la alimentación (abundancia ó escasez) en las facultades espirituales, sosteniendo Abenjaldún que los pueblos sóbrios son los más inteligentes y mejor conformados de cuerpo. El exceso de alimentación embrutece, según él, y extiende sus efectos hasta el orden religioso, puesto que «los que llevan una vida frugal y están acostumbrados á soportar el hambre y renunciar á los placeres, son más religiosos, más dispuestos á dedicarse á la vida devota que los hombres opulentos y entregados al lujo. Las ciudades y las grandes villas no son abundantes en hombres religiosos, en virtud de que, en esos lugares, reinan generalmente una insensibilidad de corazón y un espíritu de indiferencia



que provienen del uso demasiado abundante de la carne, de los condimentos y de la harina» (1).

Como se ve, la doctrina de Abenjaldún, aunque muy radical en este punto de la influencia del orden físico, no es muy amplia, y está lejos de tener la complejidad y trascendencia que siglos después alcanzó en Montesquieu, en Masden y otros autores (2). Aparte de lo dicho, vuelve a ocuparse con este asunto al tratar de la influencia de la industria en la vida humana, pues considera—y en esto lleva razón—que las industrias están, en gran medida, determinadas por la naturaleza del terreno (3).

En la cuestión del sujeto de la historia, Abenjaldún muestra la misma indecisión que en la teoría de la *Kulturgeschichte*. Por un lado, sostiene decididamente la doctrina del origen colectivo de los grandes movimientos históricos; por otro, hace servir esta misma idea para la historia de los reyes y familias reales, que es lo que le preocupa sobre todo (4). Su posición doctrinal

(1) Nótese la relación que con esta doctrina tiene la de Tolstoï referente al efecto de la alimentación excesiva, y, sobre todo, de la azucarada, en la sensualidad. *La sonata á Kreutzer*.

(2) *La enseñanza de la Historia*, cap. III.

(3) V. la apreciación, demasiado breve, de esta teoría, en Gumpłowicz, págs. 206-8.

(4) Verdad es que Abenjaldún toma á veces como sujeto de su narración grandes masas, agrupaciones de

nos parece; en fin de todo, muy discreta y concordante con las conclusiones á que hoy llega la mayoría de los tratadistas (1). No se puede establecer una dominación, dice, ni fundar una dinastía, sin el apoyo del pueblo y el espíritu cooperativo que á éste anima. Todos los imperios han nacido así, aunque luego se olvide su origen (2). Por lo mismo, el sostén de los grandes Estados es el sentimiento de la nacionalidad, y cuando el soberano tiene que acudir para sostenerse al apoyo material de sus clientes y tropas, se inicia la decadencia (3). Hasta los profetas necesitan un fondo de opinión pública que les apoye: (4) «El poder de los reyes y de los imperios no podrá quebrantarlo ni derribarlo sino un hombre á quien apoye una tribu poderosa ó un pueblo animado de un fuerte espíritu corporativo. Los profetas cumplieron su misión porque se apoyaban sobre el afecto ó abnegación de sus tribus y familias» (5).

pueblos musulmanes, pero es siempre con relación al establecimiento de imperios y dinastías. Lo mismo puede verse en algunos autores clásicos: *La enseñanza de la Historia*, pág. 113.

(1) V. mi estudio *L'homme de génie et la collectivité en histoire*, traducido en el capítulo siguiente.

(2) I, 318-19.

(3) I, 322.

(4) I, 326-7.

(5) I, 328.



Si nos fijamos en estas afirmaciones, pronto distinguiremos en ellas dos partes: una, que tiene indudable trascendencia (necesidad del espíritu colectivo) y otra que, fundándose en el hecho cierto de que un hombre nada puede conseguir sino le ayudan otros, se asemeja bastante á una perogrullada. Pero lo más interesante es advertir que, juntamente con la necesidad del concurso popular ó de una disposición favorable en la masa para que arraigue y fructifique la acción del monarca y del profeta, Abenjaldún revela también que no se le escapa la necesidad del individuo que resume y representa en cada momento la opinión colectiva, la cual, de otro modo, carecería de órgano espacial de expresión. Esta armonía de ambos elementos sufre, sin embargo, grave contradicción cuando Abenjaldún explica el origen de las ciudades y de los grandes monumentos; pues sí, de una parte, dice que la fundación de aquéllas se debe «al amor del bienestar y del reposo» que lleva á los hombres á la vida sedentaria y ciudadana, por otra afirma que la construcción de los edificios principales, necesarios en toda ciudad, depende de la voluntad del soberano. Para levantarlos, «es preciso reunir (escribe) obreros en gran número y trabajadores que se ayuden mutuamente. No es ésta una de esas obligaciones ineludibles á que todos los pueblos están sometidos, sea de buen grado, sea por

la necesidad de las cosas; quien á ello les conduce es la voluntad del soberano, ya por el empleo de la coacción, ya por el atractivo de una recompensa» (1). De aquí deduce que para que haya ciudades, es preciso que, antes exista el imperio (el soberano), y que la grandeza de los monumentos está en razón directa *del poder de las dinastías* que los han fundado (2); con lo que se limita extrañamente la esfera de acción del espíritu colectivo en cosa que, por cierto, la ciencia moderna tiene como una de las más dependientes y expresivas del genio del pueblo.

La conclusión general que de todo este examen puede sacarse es que Abenjaldún, si, al parecer, señala un notable progreso (á lo menos teórico) en la historiografía musulmana, y si inicia muchas de las ideas modernas, está muy lejos—como no podía menos de esperarse—de satisfacer las actuales exigencias de la doctrina histórica; y que, por tanto, debemos guardarnos de exagerar el alcance de sus iniciativas. Lo contrario hubiera sido verdaderamente extraño, dadas las condiciones ó leyes á que está sometido el desarrollo del espíritu científico. Ya es bastante que en el siglo XIV, cuando tan deficiente era aun la historiografía europea y tan ajena á concepciones del

(1) II, 238.

(2) I, 359 y II, 241-2.



carácter de la que Abenjaldún expone y defiende, se escribiese un libro como los *Prolegómenos*, en que se plantean ó sugieren casi todos los problemas que luego, entendidos de muy diverso modo, han venido á constituir la preocupación principal de los historiadores modernos.

## II

### El problema del genio y la colectividad en la Historia <sup>(1)</sup>

La diferencia entre las teorías modernas y las antiguas en punto al sujeto de la historia humana, estriba en que, mientras éstas consideraban como único sujeto al individuo, en la representación de las personalidades salientes (genios, hombres providenciales, talentos, etc.), aquellas tienden á considerar como verdadero sujeto agente del movimiento histórico á la colectividad, de quien derivan todos los individuos, por superiores que parezcan, y sin cuyo concurso no se explica, ni la obra de éstos, ni aun su aparición en

(1) El presente estudio se ha publicado con anterioridad en la *Revue internationale de Sociologie* (Junio, 1898). Al imprimirse ahora en castellano, se le han añadido algunas notas.